

MENÉNDEZ PELAYO Y LA CUESTIÓN DE LO PREHISPÁNICO EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Hubo un tiempo en el que don Marcelino Menéndez Pelayo era una referencia imprescindible en una gran parte del ámbito cultural hispanoamericano. La sabiduría, la imagen intelectual, la erudición incontenible e incontenida, sus millares de páginas leídas por estudiosos que se formaban aquí o las recibían en sus países, crean un vínculo permanente entre su perfil letrado y algunos escritores e historiadores de América¹.

Durante toda su vida, tuvo un reconocimiento admirado en muchos lugares de Hispanoamérica, junto a reservas y rechazos. Hace años, al plantearme la figura del polígrafo chileno José Toribio Medina², tuve ocasión de destacar su vinculación al erudito santanderino junto a las fuertes distancias que había entre los dos. La relación de las dos figuras y la asociación que los discípulos de Medina sentían se expresaba elocuentemente por el principal de ellos, Guillermo Feliú Cruz, en unas notas que son,

¹ Enrique Sánchez Reyes, *Menéndez Pelayo y La Hispanidad*, 1955, publicó parte de la amplia correspondencia que éste mantuvo con intelectuales hispanoamericanos. La síntesis de la actitud de todos ellos la podemos encontrar en una carta de junio de 1905 del peruano José García Calderón: “ha de comprender usted cómo no sólo yo, sino muchos de nuestros jóvenes, esperamos con ansiedad sus libros y vamos de asombro en asombro al leerlos” (pág. 273).

² José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y la formación* 2002. A lo largo de este libro se intenta reconstruir, junto a la biografía intelectual y el significado de Medina, la referencia distante que significa Menéndez Pelayo en métodos e ideología con el bibliógrafo chileno.

más que una biografía, la reconstrucción de un conjunto de sensaciones a lo largo de la vida del maestro:

Nosotros los jóvenes admirábamos a Medina con esa sinceridad que nace en el alma por todo lo grande. Nos parecía su caso portentoso, e inconscientemente lo asociábamos al de Menéndez Pelayo. Había orgullo cuando hacíamos esta comparación. Nuestro patriotismo se fortificaba con esta gloria nacional, tan nuestra, tan inspiradora como ejemplo de trabajo y de devoción al estudio...³.

Hay dos figuras americanas excepcionales que coinciden temporalmente con el Menéndez Pelayo final, lo admiran y, sin dejar de asombrarse por su saber, acaban distanciándose; son Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. No hay duda del tono de respeto que la obra del santanderino les infunde y hay suficientes testimonios para reconstruir esta actitud, pero también hay algunas diferencias que son importantes⁴.

Hay una coincidencia en los dos sobre la incapacidad del erudito español para penetrar en lo americano más allá de en un nivel exterior. Habla Reyes acerca del análisis realizado por Menéndez y Pelayo sobre Ruiz de Alarcón y, aunque atiende razones sobre la españolidad del dramaturgo nacido en México, afirma:

Menéndez Pelayo, a pesar de su magno esfuerzo, nunca logró entender por completo el espíritu americano. Para él la América fue siempre cosa externa, región caracterizada por el “color local”, y por eso creía encontrar en las externalidades brillantes de Balbuena el secreto del Nuevo Mundo (...). Menéndez Pelayo sólo veía lo externo de América: no ya la América exótica, pero todavía la de las revoluciones y la de las selvas

³ Guillermo Feliú Cruz, *Recuerdos...*, pág. 60.

⁴ La primera distancia, a los dos años de la muerte de D. Marcelino, en carta de Henríquez Ureña a Reyes el 19 de mayo de 1914, le dice: “¡Ah! Es urgente, hace días que tengo esa angustia: hay que emanciparse de Menéndez Pelayo. Es casi imposible, pero de imprescindible necesidad. ¿Cómo hacer?” (Henríquez-Reyes, *Epistolario íntimo I*: 240). He seguido este tema en José Carlos Rovira, “Pedro Henríquez Ureña y la tradición española”, en Guerrero, Eva, *Pedro Henríquez Ureña*, págs. 41-60. En cualquier caso, la relación, tanto de Reyes como de Henríquez Ureña, es de admiración junto a distancia crítica: cf. Alfonso García Morales, “Una difícil e irrenunciable herencia: Menéndez Pelayo en Pedro Henríquez Ureña”, en la recopilación citada en esta misma nota de Eva Guerrero, págs. 113-144. Sobre la admiración y distancias de Reyes, cf. Alfonso Rangel Guerra, “Menéndez Pelayo y Alfonso Reyes”, 1991.

vírgenes. Junto a esto -y es mucho más esencial- queda la vida cotidiana, la trama de pequeñas experiencias que labran una psicología nacional...⁵.

Pedro Henríquez Ureña, tan vinculado a Reyes y en tantas cosas maestro del mismo, formuló otra vez la misma idea. Era a propósito de la obsesión del erudito español por encontrar influencias o imitaciones clásicas no declaradas en tantos autores, para lo que ejemplificaba en sus lecturas de Juan Cruz Varela y José Joaquín Pesado, y afirmaba que:

D. Marcelino Menéndez Pelayo, que no sabía discernir dónde residía el *carácter americano* como no fuera en la pincelada exterior y pintoresca (se le escondían los rasgos espirituales), tuvo la manía de sorprender reminiscencias de Horacio en todas partes⁶.

Sin duda, son referencias importantes, pues indican el entramado cultural de una época de renovación americana en la que el erudito español servía de medida, también allí, para valoraciones, datos y esfuerzos de reconstrucción desde una reflexión española que también, necesariamente, tuvo que ampliar a América.

Si queremos seguir a Marcelino Menéndez Pelayo en su reflexión sobre la literatura hispanoamericana tendremos que entrar en un juego interminable de sorpresas y cansancios, de nombres conocidos y otros hoy ignotos, de inventario perdurable y otras veces prescindible... supo tanto el erudito español, escribió tanto, que, no es necesario decirlo, resulta en sus múltiples referencias hispanoamericanas también ineludible, aunque a veces algunos hayan intentado no encontrarse con él.

La mejor forma de entrar en su pensamiento no es probablemente a través de sus dos obras canónicas, la *Historia de la poesía Hispano-Americana* y la *Antología de poetas Hispano-Americanos*, aunque sigan siendo imprescindibles, sino mediante fragmentos de especulación que va dejando en su abultada labor editorial.

A lo largo de toda su trayectoria, podremos encontrar una preocupación distante, pero muy orientada ideológicamente, hacia el mundo prehispánico y su presencia, negada persistentemente, en la tradición literaria y cultural que se forma tras la conquista. Es a ese aspecto al que voy a dedicar las páginas que siguen, con algunos ejemplos y algunas

⁵ Reyes, *Tres siluetas de Ruiz de Alarcón*, OC, VI, págs.126-127

⁶ Henríquez Ureña, *Seis ensayos...* pág. 22

orientaciones que intentan ordenar lo que sin duda tuvo mucho de aversión nacional española, tras la época de las independencias, hacia los resurgimientos indianistas del pasado, a las emergencias de lo precolombino, y hasta a los fragmentos de las culturas prehispánicas que, en su tiempo, empezaban a ser ya reconstruidas. La afirmación de un imperio civilizador, a un siglo de las independencias, era paralela a su posición antilascasiana, siendo el Padre Las Casas, aunque no referencia abundante en su obra, un enemigo a batir con anotaciones como la famosa a la *Historia de las literaturas castellana y portuguesa* de Ferdinand Wolf, cuando el historiador alemán escribe: “A la vez que el noble Las Casas defendía en América con el fuego del amor humano y la elegancia de la cultura humanística a la humanidad oprimida...”, y anota como réplica Menéndez Pelayo: “Elegancia y cultura era precisamente lo que le faltaba al enérgico y fogoso Procurador de los indios”⁷.

Creo, como decía, que es la referencia fragmentaria tantas veces inesperada la que más nos puede ayudar a comprender su posición hacia la literatura hispanoamericana y, en el caso que nos ocupa, hacia el componente prehispánico que se desarrolló en la misma.

Aprendemos de sus hostilidades: el caso del Inca Garcilaso de la Vega

Lo he explicado muchas veces en varios contextos: la sabiduría de un autor como Menéndez Pelayo hace que, incluso cuando se empecina en un argumento y nos parece que no tiene razón, nos proporcione enjundiosas ideas para su interpretación, aunque tengamos que hacerla en la dirección contraria a la que propone.

Recuerdo la primera sorpresa importante, tras algunas negativas que luego relataré, cuando, hace bastantes años, buscaba interpretaciones sobre el Inca Garcilaso de la Vega, y en los *Orígenes de la novela* me surgió aquella visión que siempre consideré muy valiosa. Anulaba Menéndez

⁷ MP, *Varia*, II-IX- *Libros anotados por Menéndez Pelayo*-, pág. 406. Todas las citas de Menéndez Pelayo proceden de la edición nacional citada en la Bibliografía, y de la Digital que se realizó a partir de ésta. En las notas se identifican los títulos, volúmenes y páginas a través de la edición digital. Citada una obra, en nota o texto, en el interior del mismo se recoge el volumen y las páginas. La posición antilascasiana, con mayores o menores matices, creó una tradición que tiene exponentes y discípulos como Rafael Altamira, a quien recorre Eva Valero en sus posiciones sobre América y también en el tema Las Casas (Eva Valero, *Rafael Altamira...*), siendo muy relevante el ataque del último Menéndez Pidal, *El Padre Las Casas...* (1964).

Pelayo el valor histórico de los *Comentarios reales* y lo hacía en aras de no aceptar la idealidad de aquel incario que, por múltiples razones, le molestaba profundamente. Al Inca Garcilaso, lo consideraba por un lado excepcional, matizando su valoración para desplazarla hacia lo extraño y hasta lo extravagante. Recordémoslo:

Una idealización algo semejante a la que Ginés Pérez de Hita hizo de la historia granadina, imponiéndosela al mundo entero, tenemos respecto de la primitiva historia del Perú en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, obra que participa tanto del carácter de la novela como del de la historia, y que no sólo por lo pintoresco y raro de su contenido, sino por las similares circunstancias de la persona de su autor, excitó en alto grado la curiosidad de sus contemporáneos y ha seguido embelesando a la posteridad. Garcilaso era el primer escritor americano de raza indígena que hacía su aparición en la literatura española (II; p. 151).

La impronta racial del indio tiene su aparición inevitable para la interpretación de una obra sobre la que ya ha avanzado que “participa tanto del carácter de la novela como del de la historia”, y explica a continuación que “su educación había sido enteramente española y muy esmerada: desde los veinte años residió en la Península, pasando en Córdoba la mayor parte de su vida; pero por la ingenuidad del sentimiento y la extraordinaria credulidad, conservaba mucho de indio” (II, p. 152).

La historicidad de los *Comentarios reales* es el primer frente en el que combate. A fin de cuentas, negar la historicidad es dañar la visión del incario que Garcilaso construye, anular los espacios civilizados de la misma, remover en el terreno histórico la reinterpretación que la Ilustración realizará en su recuperación garcilasiana:

La autoridad histórica del Inca Garcilaso ha decaído mucho entre los críticos modernos, y son muy pocos los americanistas que se atreven a hacer caudal de ella. Aun en las cosas de la conquista y de las guerras civiles es cronista poco abonado, porque salió muy joven de su tierra, y escribió, no a raíz de los sucesos, sino entrado ya el siglo XVII, dejándose guiar de vagos recuerdos, de relaciones interesadas, de anécdotas soldadescas y de un desenfrenado amor a todo lo extraordinario y maravilloso. (II, pág. 153).

La negación de historicidad le lleva sin embargo a una afirmación de lo literario de la obra, centrandó en los *Comentarios reales* esta inter-

pretación que basa en la “exuberante fantasía” del autor, al que reconoce sin embargo la capacidad de reflejar “el alma de las razas vencidas”, indudablemente también por su condición de mestizo, lo que, precisamente por su formación clásica, provoca que la materia indígena sea transformada en ella:

Pero donde suelta las riendas a su exuberante fantasía es en los *Comentarios Reales*, libro el más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas. Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio: *an emanation from the indian mind*. Pero esto ha de entenderse con su cuenta y razón, o más bien ha de completarse advirtiendo que aunque la sangre de su madre, que era prima de Atahualpa, hirviese tan alborotadamente en sus venas, él al fin no era indio de raza pura, y era además neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibárbara, semieducada. Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana o la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado a inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar a la posteridad, por lo mismo que había empezado engañándose a sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa. (II, pág. 154).

El juego de afirmaciones y negaciones oscila entre su formación europea y su “alma crédula y supersticiosa”, siendo este efecto de nuevo el que emplaza la obra en sus valores literarios y también utópicos. Es relevante cómo en su negación de la historicidad afirma el espacio de la utopía y vincula al Inca a las grandes fantasías sociales renacentistas que Menéndez Pelayo mira con distancia, especialmente a esta que se basa en “tradiciones oscuras”. La lectura de Garcilaso por la “ilusión filantrópica” de la Ilustración, o por la de los independentistas americanos, cierra un párrafo en el que valora con dureza el sentido crítico de Garcilaso, aunque afirma la fuerza de su imaginación:

Los *Comentarios Reales* no son texto histórico: son una novela tan utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; pero no nacida de una abstracción filosófica, sino de tradiciones oscuras que indeleblemente se grabaron en una imaginación rica, pero siempre infantil. Allí germinó el sueño de un imperio patriarcal y rígido con riendas de seda, de un siglo de oro gober-

nado por una especie de teocracia filosófica. Garcilaso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba, y la sinceridad, a lo menos relativa, con que los creía, y a él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo XVIII dictaba a Voltaire su *Alzira* y a Marmontel su fastidiosísima novela de *Los Incas*, y que en el canto triunfal de Olmedo en honra de Bolívar evocaba tan inoportunamente, en medio del campo de Junín, la sombra de Huayna Capac, para felicitar a los descendientes de los que ahorcaron a Atahualpa. Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior a la vulgar, y es cierto que el Inca Garcilaso la tenía tan poderosa cuanto deficiente era su sentido crítico. (II, pág. 154-155).

La cita, cuya relectura siempre considero necesaria, nos ha devuelto una manera de interpretar al Inca que fue muy duradera entre nosotros⁸, pero nos ha entregado una nueva visión que también fue perdurable en otra crítica e historiografía posterior. Cuando Menéndez Pelayo dice: “Los *Comentarios Reales* no son texto histórico: son una novela tan utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington” nos está poniendo en línea con una relectura que tiene que ver con vocaciones literarias del pensamiento histórico hispanoamericano, y con la construcción de una utopía renacentista que en Garcilaso tiene un ejemplo cultural perdurable; es decir, en su devaluación histórica de Garcilaso, tan ideológica como enseguida veremos, crea don Marcelino un espacio de revalorización literaria que la crítica siguió desarrollando como específico en él.

El desprecio del mundo indígena

La mente “semibárbara, semieducada”, de Garcilaso las “tradiciones oscuras” que se habían grabado en una imaginación “rica, pero siempre infantil”, con la que define primigeniamente al Inca, no son otra cosa que el peor servicio trazado por Menéndez Pelayo a su sabiduría americana,

⁸ Dedicué un espacio a la sorprendente lectura conmemorativa de los trescientos cincuenta años de los *Comentarios reales* realizada en Madrid en 1959 por Menéndez Pidal, Victorio Macho, José María Pemán, Eugenio Montes...en José Carlos Rovira, “<<Proceso de la literatura>> peruana”, en *Revisiones de la literatura peruana (En el IV Centenario de los Comentarios Reales)*, *América Sin Nombre*, nº 13-14, diciembre de 2009, págs. 10-12. Los trabajos, publicados como Menéndez Pidal et alii, *Seis temas peruanos*, forman parte de una interpretación de Garcilaso afincada en un nacionalismo español denigratorio de lo americano.

la creación de un espacio denigratorio para todo lo que tuviera que ver con el mundo prehispánico. He utilizado alguna otra vez aquel prólogo increíble, por la época en la que estaba planteándose, de la *Historia de la poesía hispanoamericana*, en los fragmentos que dicen:

Con mayor motivo aún, hemos debido prescindir de la poesía indígena en lenguas americanas, anterior o posterior a la conquista. Extraños nosotros de todo punto al estudio de Nahuatl, del Otomí, del Tarasco, del Mixteco, del Maya, del Otlateco, del Quichua, del Aymara, del Guaraní y de tantas otras lenguas todavía más incógnitas y revesadas, nada hubiéramos podido hacer sino repetir superficialmente lo que han consignado en tratados especiales los que pasan por entendidos en estas arduas materias. (I, pág.10).

Si, programáticamente, parece correcto que su *Historia* fuera ajena a ese mundo, que afirma desconocer, podía incorporar en algún caso, para problematizarlas, algunas afirmaciones de “los que pasan por entendidos en estas arduas materias”. Don Marcelino conoce, por ejemplo, la *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* que Juan León Mera había publicado en Quito en 1868, y la cita, hasta en la segunda edición de Barcelona en 1893, en su *Historia* (vol. I, nota 2, pág. 7). La conoce porque la utiliza en su parte hispánica; por tanto, también debió conocer aquella afirmación inaugural⁹ del autor de *Cumandá*:

La mengua de la parte espiritual de la raza indígena, el aniquilamiento de sus nobles ideas, la degeneración de sus pasiones, fueron las consecuencias más inmediatas de la barbaridad de la conquista, consecuencias que pesaron luego sobre la sociedad mestiza que se levantó en América de entre las ruinas de los pueblos sojuzgados. No podíamos, pues, tomar el hilo de la historia de una parte poderosa de nuestra literatura, cual es la poesía, solamente desde la introducción del español, olvidando la lengua y los cantares indígenas; habríamos carecido en este caso de varios fundamentos interesantes para juzgar los motivos que retrasaron el progreso ecuatoriano, y aún americano, en este punto esencial de la civilización” (pág. 30).

⁹ Sobre Mera y su carácter inaugural de la presencia de lo prehispánico en la historiografía del XIX, junto a una reflexión panorámica sobre la introducción de lo prehispánico, cf. José Carlos Rovira, “La historiografía literaria hispanoamericana ante el mundo prehispánico”, en Leonardo Romero Tobar (ed.), *Literatura y nación...*, págs. 327-347.

Sin embargo, estas cosas no le interesaban e insistía sobre ello:

Sea cual fuere la antigüedad y el valor de los pocos y oscuros fragmentos literarios que de esas lenguas primitivas quedan (no sin sospecha las más veces de interpolación y aun de inocente falsificación literaria debida a los ocios de cualquier misionero o de algún neófito de noble estirpe indiana), su influencia en la poesía española de América ha sido tan escasa, o más bien tan nula (fuera de pasajeros caprichosos de algún poeta), que la historia de esa poesía puede hacerse en su integridad prescindiendo de tales supuestos orígenes y relegándolos al estudio y crítica del filólogo. Así lo han hecho los críticos americanos, aun los más conocedores de las lenguas indígenas, y así lo haremos nosotros, prescindiendo de la erudición de segunda mano que hubiéramos podido granjear con pequeñísimo esfuerzo, (I, pág.10).

para trazar finalmente su programa, de nuevo con la denigración del mundo indígena al que dedica párrafos (que he señalado en cursiva en el texto) que sin duda demuestran también desprecio:

La poesía americana de que vamos a tratar no es de las elegías del rey de Tetzuco, Nezahualcoyotl, ni la del *Ollantay*, drama quichua no anterior del siglo XVIII, sino la que llevaron a América los colonos españoles y conservan sus descendientes. Si algo del americanismo primitivo llegó a infiltrarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso), sólo en este sentido podrán tener cabida tales *elementos bárbaros y exóticos* en un cuadro de la literatura hispano-americana, la cual, por lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general literatura española, participando del clasicismo italiano del siglo XVI, del culteranismo del XVII, de la reacción neoclásica del XVIII, del romanticismo del presente y de las influencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la francesa y de la inglesa. Esto no excluye gran originalidad en los pormenores; pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en *opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras o degeneradas*, que para los mismos americanos de hoy resultan mucho más extrañas, menos familiares y menos interesantes que las de los asirios, los persas o los egipcios; ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y, finalmente, las discordias civiles. (I, pág.10)

El historiador estaba haciendo a comienzos del siglo XX su intervención desde un nacionalismo español que necesitaba excluir no solo

estas culturas (y sobre todo la polémica lascasiana sobre la destrucción de las mismas) sino, si era posible, la tradición nacional americana que había surgido con fuerza tras la independencia y, sobre todo, la pervivencia de la tradición indígena en la literatura que, desde luego, no desconoce:

Hay gran número de autores americanos, aun de los más dignos de estimación, en quienes el americanismo no existe o está latente; así como en muchos otros, que a cada paso le afectan, es cosa falsa y postiza. Tal cualidad, o es innata o no se adquiere con estudio: Bello y Heredia la encontraron dentro de una escuela académica, y todavía no es seguro que hayan llegado a ser tan americanos los muchos poetas que de propósito deliberado han querido pasar por aztecas, guaraníes y araucanos (I, pág. 11).

Toda una amplia tradición de recuperaciones literarias, de supervivencias indígenas en la tradición y en lo contemporáneo, era anulada así por quien de todas formas sabía de su existencia. Incluso frontalmente se oponía a ella. Lo original americano había de buscarse como un efecto de “la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente”, en determinación casi ecológica de una singularidad literaria.

Ejemplos de algunas lecturas americanas

Era inevitable que insistiese sobre aquel juicio desdeñoso sobre las recuperaciones de lo indígena que he anticipado. Los ejemplos se multiplican en su *Historia de la poesía hispano-americana*, donde algunos poetas son maltratados muchas veces por derivar su obra hacia lo nativo. La ironía es a veces un recurso esencial de las distancias que determinados juegos con lo prehispánico le provocan. A veces, es difícil no sonreír ante burlescos artificios de interpretación que siempre nos llevan a lo mismo. El ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, autor del canto a *La victoria de Junín* o del *Canto a Bolívar*, es un autor de la independencia que don Marcelino valora, en línea con el español Manuel José Quintana, como poeta esencial, junto a Andrés Bello o José María de Heredia. Son muchas las páginas que le dedica para ensalzar su retórica poética, pero de pronto se plantea por ejemplo *La victoria de Junín*, lo valora parcialmente, y lo lleva a momentos de inevitable ridículo, utilizando los comentarios del propio Simón Bolívar a los ochocientos versos de Olmedo. Se fija para ello en un momento clave y excesivamente largo del poema, como es la aparición espectral de El

Inca en la batalla con la finalidad de animar a los combatientes americanos. Y sobre el emperio americano que construye Olmedo, comenta don Marcelino:

No es sólo lo extraño de la visión, sino la falsedad intrínseca del razonamiento lo que ofende en el episodio del Inca, y Bolívar fue el primero en encontrar impropio que Huayna-Capac alabase indirectamente la religión cristiana que destruyó los templos de sus dioses, y todavía más impropio que en vez de desear el restablecimiento de su dinastía, *diese la preferencia a extranjeros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, son descendientes de los que aniquilaron su imperio*. El buen sentido habló por boca de Bolívar, y nadie más autorizado que él para rechazar aquella ilusión local del patriotismo americano, que en los versos de Olmedo llegaba hasta el extremo, profundamente cómico, de poner en el emperio de los Incas a Fr. Bartolomé de las Casas a la diestra de Manco-Capac, y prometer el mismo género de inmortalidad a Bolívar en premio de haber restaurado el templo portentoso de *Pacha-Cámac*. (II, pág. 51-52).

Al *La victoria de Junín* y a la aparición del Inca en ella no le perdonaba además otra licencia patriótica de su independentista autor, referente a la denigración de la conquista y de la obra de España, tema esencial de la reflexión de don Marcelino en toda su obra. Nos dice entonces:

El que de este modo escribía, graduando y adaptando a los matices de la idea el movimiento de la frase poética, acelerándola o retardándola como artista consumado, merecía haber alcanzado la perfección continua; pero es cierto que se quedó muy lejos de ella. Olmedo adolece de la desigualdad propia de todos los poetas americanos, desigualdad de que ni el mismo Bello se libra en la infelicísima parte segunda de su *Alocución a la poesía*. No hay en *La victoria de Junín* versos mal contruidos, porque Olmedo tenía excelente oído; pero hay, sobre todo en el razonamiento del Inca, versos prosaicos, desgarbados, pedestres, indignos del lenguaje de las Musas, y son, por castigo providencial, todos aquellos en que el autor se desata en injurias contra los conquistadores españoles: “¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos, /Feroces, y, por fin, supersticiosos, /(...)/ Sangre, plomo veloz, cadenas fueron/Los sacramentos santos que trajeron!...”. Estas y otras miserables aleluyas (que prueban que lo mal pensado sale siempre mal dicho) estropean la obra capital de Olmedo, no menos que las frecuentes asonancias indebidas y el abuso de las rimas verbales. (II, pág. 42).

Otro caso paradigmático es el del peruano Mariano Melgar, cuya revalorización crítica —obra sobre todo de Aurelio Miró Quesada¹⁰— tuvo siempre en contra la desafortunada nota de don Marcelino:

Con estos papeles se educó la generación de la guerra de la Independencia (...) a la cual perteneció también el desgraciado poeta arequipeño D. Mariano Melgar, fusilado por los realistas después de la batalla de Humachiri en 1814, a los veintitrés años de edad. Este trágico y prematuro fin ha salvado del olvido el nombre del poeta, mucho más que el mérito de sus versos, que no pasan de ensayos de estudiante aprovechado.

El romántico e independentista Melgar, fusilado por su participación en la guerra, no merece sin duda la calificación de su obra como “ensayos de estudiante aprovechado”, y a la reconstrucción del valor de su poesía, y sus traducciones clásicas, se ha dedicado una parte de la historiografía peruana, pero lo que llama la atención de nuevo es su valoración de su acercamiento a lo indígena a través de unos famosos “yaravíes” (que Melgar no llamó así en cualquier caso) en párrafos de rechazo frontal a esa posibilidad poética:

Melgar es conocido generalmente por el dictado de poeta de los *yaravíes*, por haber cultivado, no sin gracia, cierto género de poesía popular acomodada a una música indígena. Nuestra ignorancia de la lengua quichua y de las costumbres de los indios del Perú, nos impide determinar si en estos cantos hay o no un fondo tradicional(...) Prescindiendo de la cuestión de origen, en que nos reconocemos de todo punto incompetentes, no habiendo oído cantar nunca *yaravíes* ni entendiendo una palabra de la lengua en que, según dicen, están compuestos los mejores, sólo diremos que los diez *yaravíes* auténticos de Melgar (a quien por su popularidad se han atribuido otros muchos) nada tienen en la letra de indio ni de peruano, y son meramente cancioncitas amorosas bastante delicadas y sentidas, que ganarán mucho con el prestigio de la música, si ésta es tan blanda, insinuante y melancólica como dicen. Son, sin duda, los versos más agradables de Melgar; naturales y sencillos, puros de todo rastro de afectación; pero creemos que el general Miller, que no tenía mucha obligación de entender de poesía castellana, se aventuró demasiado cuando llegó a compararlos nada menos que con las *Melodías Irlandesas* de Tomás Moore (I, 165-166).

¹⁰ Aurelio Miró Quesada, *Historia y leyenda de Mariano Melgar*, 1978.

La ironía, tan presente en el tratamiento de varios autores, es un procedimiento habitual en relación a Melgar, quien tendrá precisamente la valoración muy distante a la de Menéndez Pelayo que realiza Antonio Cornejo Polar, al plantear un valor preciso para sus yaravíes en línea a que culmina una tradición que ya se había formado en la poesía peruana, en cuyo interior Melgar pretende:

recoger la emoción indígena, pero la reviste de nuevas formas, porque él no es indio, sino criollo americano; no escribe en quechua, sino en español; no se acompaña con la quena, sino con la guitarra... Melgar no es así el creador del “yaraví”, sino el asimilador y culminador de todo un proceso¹¹.

El romanticismo peruano, que Menéndez Pelayo consideró siempre imitativo –lo cual es verdad– y bastante insoportable –lo que resulta más dudoso–, tiene para él un saldo muy negativo en la valoración de figuras que luego han sido releídas y rescatadas por la crítica. A veces realiza lecturas parcialmente positivas, como la de Carlos Augusto Salaverry quien, entre los románticos del Perú, le inspiró de todas formas el mayor interés y aprecio, aunque de nuevo es el Salaverry que no asume temas indígenas, el de la lírica, distorsionándose al ejercer como autor teatral en su drama más conocido, *Atahualpa o la conquista del Perú* (1854), obra afamada en su tiempo y, para don Marcelino, nada valiosa (pág. 193).

Su capacidad panorámica era en cualquier caso el valor principal de lo que escribía, junto al minucioso rescate del dato. Su incapacidad de lectura de algunos temas americanos, entre los que destaca lo indígena, parece el lastre principal siempre. El capítulo sobre la poesía peruana, donde aporta datos y valoraciones importantes, está condicionado por una actitud nacional-española que expresa al acabarlo; está hablando sobre Lima y el virreinato como soporte de una tradición literaria importante y nos dice:

nadie podrá negar a aquella hermosa y desventurada ciudad, ni el prestigio de su tradición gloriosa, ni el haber conservado en lengua y costumbres el sello español, que suele ser en América el único y verdadero americanismo: aquel especial matiz de ingenio castizo y de chiste indígena que avalora todas las producciones festivas de la musa peruana, desde las letrillas y sátiras de D. Felipe Pardo hasta las comedias de Segura, las *Tra-*

¹¹ Antonio Cornejo Polar, “La poesía tradicional y el yaraví”, pág. 113

diciones de Palma y las humorísticas poesías de Paz-Soldán: un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada, que a cualquier español hace mirar con cariño y simpatía a aquellos que, bajo el antiguo régimen fueron, entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo, hasta en algunos de sus defectos y flaquezas. (pág. 195).

México tuvo el mismo tratamiento parcial que comentamos a través de algunos ejemplos, entre los que destaco el referente a José Joaquín Pesado. Crea sobre él Menéndez Pelayo, que lo considera “al frente de todos los poetas mejicanos”¹², una valoración que defiende su obra, su originalidad, sus traducciones, frente a desprecios críticos que habían acompañado al autor, para asumir una distancia de nuevo muy significativa al valorar su colección *Los aztecas* sobre la que nos dice:

Lo más original, lo más mexicano, y a la vez lo más perfecto de Pesado, son sus sonetos y romances descriptivos, en que con fácil y risueño pincel traslada paisajes de Orizaba y Córdoba o escenas del campo y de la aldea; procesiones, lidias de toros, riñas de gallos, carreras de caballos, volatines y fuegos. Al lado de esta colección bien puede ponerse otra titulada *Las Aztecas*, en que su autor intentó la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando (al decir suyo) cantares de más o menos sospechosa autenticidad, entre los cuales están las famosas poesías del rey Netzahualcoyotl, y otras anónimas. Semejante trabajo no puede ni debe estimarse como traducción; es cosa probada que Pesado no conocía las lenguas indígenas, y que se valió únicamente de algunos fragmentos traducidos en prosa en las antiguas crónicas, y de otros que le interpretó un indio, amigo suyo, llamado D. Faustino Chimalpopoca y Galicia, el cual solía decir después que los versos de Pesado nada tenían que ver con el texto que él le había dado literalmente traducido. Trátase, pues, de una inocente broma literaria, de una poesía popular mexicana casi tan auténtica como la poesía ilíria de la *Guzla* de Mérimée. La reputación poética de Pesado nada pierde con ello; al contrario, «éstas que él apellida traducciones, son en realidad de lo más original que salió de su pluma” (Montes de Oca) y, sobre todo, son «magnífica poesía», (Pimentel) no sabemos si muy azteca, pero seguramente muy emparentada por una rama con Horacio, y por otra con los libros sapienciales. Quien lea la exhortación del Rey de Tezcucó a gozar los placeres de la vida feliz, no tiene que dudar del primer origen, y quien lea los *Consejos del Padre a la Hija* o la *Enhorabuena en la coronación de un Príncipe*, no podrá menos de

¹² *Bibliografía Hispano-Latina*, V, pág. 169.

reconocer que el espíritu de la primitiva poesía didáctica y *gnómica* no le había encontrado Pesado en los jeroglíficos del Anahuac, sino en el libro de *la Sabiduría* y en el *Eclesiastes*. (p. 140).

El párrafo final nos remite además a un amplio proceso de fusión cultural que tiene, no solo en Nezahualcōyotl, sino en el mismo discurso evangelizador novohispano, elementos sincréticos entre las alocuciones en náhuatl conocidas como *buehuetlatolli* y los libros sapienciales¹³.

Horacio contra Nezahualcōyotl

Horacio contra Nezahualcōyotl por ejemplo; una confrontación anunciada en los párrafos dedicados a José Joaquín Pesado, que adquiere, en su *Bibliografía Hispano-latina clásica*¹⁴, una reflexión ajustada sobre unas famosas elegías que fueron la primera presentación textual del rey de Tezcoco. Recuerdo un fragmento de las mismas, que corresponde a dos estrofas de unas famosas y extensas “Liras de Nezahualcōyotl” que, junto a un “Romance de Nezahualcōyotl”, fue la primera textualidad anunciada del rey poeta¹⁵:

*Un rato cantar quiero
pues la ocasión y el tiempo se me ofrece:
ser admitido espero,
que mi intento por sí no desmerece;
y comienzo mi canto
aunque fuera mejor llamarle llanto.
(...)
Yo tocaré, cantando,
el músico instrumento sonoro;
tú, las flores gozando,
danza y festeja a Dios que es poderoso;
gocemos hoy tal gloria,
porque la humana vida es transitoria*¹⁶,

¹³ Cf. Mónica Ruiz Bañuls, *El buehuetlatolli...*, estudio en el que se recoge un pormenorizado análisis de la confluencia entre el discurso indígena y la literatura sapiencial del Antiguo Testamento.

¹⁴ *Bibliografía Hispano-latina clásica*, vol. VI (Horacio III), pág. 446.

¹⁵ Los dos textos están en José Luis Martínez, *Nezahualcoyotl*, págs.257-262, sin duda el trabajo más riguroso crítico y textual sobre el príncipe poeta.

¹⁶ Los dos textos están en José Luis Martínez, *Nezahualcoyotl*, págs.257-262, sin duda el trabajo más riguroso crítico y textual sobre el príncipe poeta.

y recuerdo a continuación el comentario de Menéndez Pelayo sobre las mismas:

Aquí sí que tendríamos que dar antigüedad a la oda moral horaciana, y aun remontarnos a tiempos anteriores a la conquista, y al dominio de la lengua castellana, si creyéramos una palabra de todo lo que se dice de las famosas elegías del emperador de Tezcoco, Nezahualcoyotl, las cuales se suponen traducidas por D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl y conservadas por el muy sospechoso Boturini. Pero, francamente, eso de no encontrarse el texto original, puesto que el publicado por Ternaux Compans en dialecto otomí está reconocido por apócrifo y abunda en palabras castellanas torpemente mezcladas con las indígenas; la ausencia de todo color americano en las tales elegías, y, por el contrario, la abundancia de lugares comunes de moral y de filosofía, de todo punto inverosímiles en la poesía de un pueblo primitivo, y, últimamente, las reminiscencias claras y notorias de la Biblia, de los Santos Padres, de los poetas latinos y de nuestro Jorge Manrique, ponen estas poesías aztecas al mismo nivel de autenticidad, poco más o menos, que los famosos cantos vascongados de Lelo y de Altabiscar. En suma: yo creo que estos versos, donde no deja de sentirse como un eco lejano del *Eheu fugaces*, del *Carpe diem*, etc., deben de ser un ejercicio literario, una inocente broma del mismo Ixtlilxochitl, o más bien de algún misionero español del siglo XVI, dominado, como otros muchos, por el afán de conceder prodigiosas antigüedad y cultura a las civilizaciones indígenas.

Las valoraciones sobre el tono y el estilo de estas composiciones son en este caso indudablemente acertadas. Hoy sabemos que los textos comentados sí fueron obra efectivamente del propio don Fernando de Alba Ixtlilxochitl, quien había leído en náhuatl la fijación de la transmisión oral de la poesía de su antepasado realizada por Juan Bautista Pomar en los *Romances de los señores de la Nueva España*, incluida en la *Relación de Tezcoco*, y había construido como sabemos la primera biografía del rey poeta. Sabemos también que en el manuscrito de los *Cantares mexicanos* hay varios textos atribuidos al rey poeta¹⁷.

¹⁷ La recopilación más amplia de los materiales de Pomar, que tuvieron edición por Joaquín García Icazbalceta como *Relación de Tezcoco* en *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, 1891, está en la actualidad en *Poesía Náhuatl*, Paleografía, versión, introducción, notas y apéndice de Ángel M^a Garibay K., México, UNAM, 1993, vol. I. Los volúmenes II y III corresponden a la edición de los textos poéticos de los *Cantares mexicanos*.

Coincidiremos con Menéndez Pelayo en que estos versos nos transportan a una sensación de clasicidad, sólo que no es ésta la del mundo azteca como parece evidente, sino la recia clasicidad castellana del siglo XVII. El Nezahualcóyotl aquí presente poéticamente por primera vez en un texto, con sus reflexiones sobre el tiempo y la vida, más parece un mal poeta en la *imitatio* de Fray Luis de León que un poeta prehispánico traducido. Y así es como fue presentado en sociedad en América en el umbral cultural de lo que llamamos crónica mestiza. Era a comienzos del siglo XVII y el descendiente Fernando de Alva Ixtlitl no tuvo mejor ocurrencia que transmitirlo así. Era la forma de leer en pleno barroco novohispano la propia tradición, la forma de recrearla y normalizarla en el conjunto de la nueva sociedad.

Sólo que esto fue en el interior de un proceso que siempre he considerado como de invención de la tradición¹⁸, con fusiones culturales entre referentes de mundo indígena y los de la nueva sociedad que se aclimataba con la conquista. Menéndez Pelayo es el que elabora en relación a esto una idea de indudable valor, con unos desarrollos que sin embargo no pueden ser tales: historiográficamente parece innecesario entablar una referencia a Lorenzo Boturini¹⁹ como “sospechoso”, si no fuera porque otra vez todo lo que está bajo sospecha es el ámbito de lo prehispánico.

En síntesis, un proceso de interpretación valioso, servía de nuevo para establecer conclusiones generales sobre un mundo que ni quería ni podía entender. Es evidente que hace un siglo el estado de conocimiento sobre este universo no era el actual y también que algunas cuestiones relativas a la oralidad y su transmisión (como la referencia a lo publicado por Ternaux Compans sin tener el “texto original”) tampoco las entendía, aunque ya fueran materia común para todos los interesados en la literatura prehispánica y su rescritura en los primeros decenios de la Colonia.

Amplió considerablemente don Marcelino el nivel de conocimiento sobre la literatura hispanoamericana, la intentó seguir convirtiendo sólo en una prolongación de la literatura española y bloqueó cuestiones que

¹⁸ José Carlos Rovira, “Nezahualcóyotl y la invención de las tradiciones”. La noción teórica no es específica de la construcción americana, por supuesto, y es similar a la de la de Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

¹⁹ Sobre Lorenzo Boturini y su Museo Indiano, confiscado en el XVIII por las autoridades virreinales durante su estancia en México, es imprescindible la valoración establecida por Manuel Ballesteros Gaibrois, cf. su prólogo a la edición de Lorenzo Boturini, *Historia general de la América Septentrional*

ya estaban funcionando como problemas, utilizando desprecios y otras veces desconocimiento. Acertó en bastantes valoraciones, provocó sugerencias duraderas y animó en cualquier caso un debate que todavía en su centenario es necesario seguir recorriendo.

JOSÉ CARLOS ROVIRA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

BIBLIOGRAFÍA

- BOTURINI, Lorenzo, *Historia general de la América Septentrional*, ed. de Manuel Ballesteros Gaibrois, México, UNAM, 1990.
- CORNEJO POLAR, Antonio, “La poesía tradicional y el yaraví”, *Letras*, núm. 76-77, Lima 1966.
- FELIÚ CRUZ, Guillermo, “Recuerdos de J. T. Medina. Su carácter”, introducción a *Catálogo Breve de la Biblioteca Americana de J.T. Medina*, Suplemento, Tomo II, Libros Impresos, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1954.
- GARCÍA MORALES, Alfonso, “Una difícil e irrenunciable herencia: Menéndez Pelayo en Pedro Henríquez Ureña”, en GUERRERO GUERRERO (ed.), págs. 113-144.
- GARIBAY, Ángel María (ed.), *Poesía Náhuatl*, Paleografía, versión, introducción, notas y apéndice de Ángel M^a Garibay K., México, UNAM, 1993.
- GUERRERO GUERRERO, Eva (ed.), *Pedro Henríquez Ureña y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana-Serie Críticas, 2010.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y REYES, Alfonso, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983. 3 vols.
- , *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Ed. digital en www.cielonaranja.com. Consultado 29/5/2012.
- HOBBSAWM, Eric y Ranger, Terese, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Nezahualcoyotl, vida y obra*, México, FCE, 1993.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Edición Nacional de las Obras Completas de M.P.*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones científicas, 1940 y años sucesivos..
- , *Menéndez Pelayo Digital. Obras Completas. Epistolario. Bibliografía*, Santander, Caja Cantabria, 1999.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, ET ALII, *Seis temas peruanos*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1960.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *El Padre Las Casas. Su doble personalidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1963.
- MERA, Juan León, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días*, Quito, 1868 (Quito, Publicaciones educativas Ariel, 1970 (?).)
- MIRÓ QUESADA, Aurelio, Aurelio Miró Quesada, *Historia y leyenda de Mariano Melgar(1790-1815)*, Madrid, Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos, 1978.
- RANGEL GUERRA, Alfonso, “Menéndez Pelayo y Alfonso Reyes”, en *Alfonso Reyes en tres tiempos*, Monterrey, Cuadernos del Archivo, 1991.

- RUIZ BAÑULS, Mónica, *El huebuetlatolli como discurso sincrético en el proceso evangelizador novohispano del siglo XVI*, Roma, Bulzoni, 2009.
- REYES, Alfonso, *Obras Completas*, México, FCE, 1986. Vol. VI.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (ed.), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008.
- ROVIRA, José Carlos, *José Toribio Medina y la formación literaria y bibliográfica del mundo cultural americano*, Santiago de Chile, Dibam-Biblioteca Nacional, 2002.
- , “Nezahualcóyotl y la invención de las tradiciones”, *En torno al personaje histórico*. Coordinado por Beatriz Aracil Varón. *América Sin Nombre*, n° 9-10, 2007.
- , “Pedro Henríquez Ureña y la tradición española”, en GUERRERO GUERRERO (ed.), págs.41-59.
- , “«Proceso de la literatura» peruana”, en *Revisiones de la literatura peruana (En el IV Centenario de los Comentarios Reales)*. Coordinado por Eva Valero, *América Sin Nombre*, n° 13-14, diciembre de 2009.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique (ed) *Menéndez Pelayo y La Hispanidad. Epistolario*, Santander, Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, 1955.
- VALERO JUAN, Eva, *Rafael Altamira y la “Reconquista espiritual” de América*, Alicante, Universidad-Cuadernos De América Sin Nombre, 2003.
- WOLF, Ferdinand, *Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, Madrid, La España Moderna, 1896. Traducción de Miguel de Unamuno con notas y adiciones de Marcelino Menéndez Pelayo.